Verano/12

(Por Claudio D. Minghetti) El había llegado a fines de diciembre, cuando todo empezaba a tomar vida. Solo, con una mochila de lona al hombro.

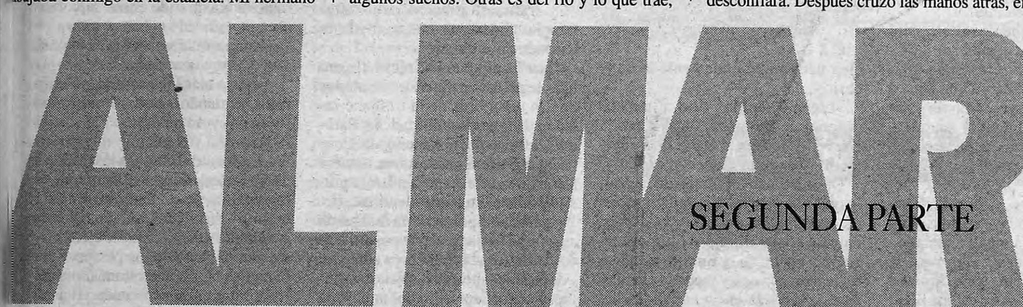
En sus dieciocho se nota cierto vacío. Tiene look James Dean pero sin Porsche y una sola obsesión. Cada vez que ve titilar en la pantalla GAME OVER y el consecuente INSERT COINS, cumple con el ritual. En la villa, frente al mar, había descubierto un juego nuevo. Las voces de las sirenas le traían, además de los burbujeos electrónicos, una melodía: DAY-TONAAA... DAY-TONAA... Y se pasaba horas sentado, ficha tras ficha, conduciendo ese simulador que le permitía, en un tris, subir a más de trescientos kilómetros por hora. Coche azul, cambios manuales, la misma visual que si estuviera en la cabina y sus pies atentos a los pedales, a la espera que algún adversario aceptara el reto de correr con el otro auto que, en línea, estaba ubicado a treinta centímetros de distancia. Después de las ocho desfilaban esos tipos que muy seguros de sus reflejos, que no conseguían ponerse en el lugar de RACE LEADER ni siquiera con viento a favor. Día tras día. Hasta que llegó ella.

Era delgada, pero no tanto. Estaba tan fuerte como la hermana, y un poco más. Vestía de cuero. Sólo cuero, y se movía en moto. Una verdadera fiera. Los chacales, hambrientos. Y fue a parar a su lado, al coche rojo, cuando todos los que estaban alrededor empezaron a babear estilo Alien. Ella aceptó el desafío. El, de piedra. Sin embargo, una vez que pusieron las fichas y la máquina les dio el OK., todo cambió. De golpe subieron a más de doscientos. El azul le gana al rojo. Le gana. Le gana pero hasta ahí nomás. Cabeza a cabeza. Pierde. El pecado de Jimmy fue mirar de reojo las piernas de su rival, y más arriba. Su pecado fue querer ver a través del cuero. De pronto siente que choca y vuela por el aire. Ella, convertida en RACE LEADER toma la delantera. A él le gustaría pisar el acelerador hasta perforar el piso. Pero no puede. Ella va al frente, a más de trescientos, mientras los demás se ríen. La máquina no se equivoca. GAME OVER. Y él se quedó atrás, solo porque el mito del invencible se había derrumbado en el preciso instante que ella subió a su moto y partió, rumbo a 3 y Buenos Aires. Era una noche fresca y él, tranquilo, como si jamás hubiese estado a treinta centímetros de la fiera imposible, lo supo mejor que nadie.

Videogame

Hasta el próximo verano

Por Miguel
Briante



l discurso secreto de un hombre dejándose llevar por el río hasta la promesa de un mar –la memoria líquida ahogándose en súbita certeza de que "algunos sueños dan verdad" cerca del final– es el tema de este cuento que Miguel Briante corrigiera y ampliara poco antes de morir y uya primera parte apareció ayer n estas mismas páginas. Con la conclusión de "Al mar", ulmina también la edición 1995 de **Verano/12**. Hasta el próximo enero.

La otra vez a esa mujer la veíamos en los bailes del balneario o del Italiano. Tiraba al costado de la pista, siempre entre la sombra y la luz. Así la veían, la veíamos, con la música de fondo, en lo entreverado de las parejas. Las otras co- entaban: "Siempre igual". Una, o una voz, me ijo: "A ésa, de sacar de la luz a los hombres, se hizo una costumbre" y otra: "En donde está ás oscuro, alienta o mueve su cuerpo, demaado". Llegaba el forastero que la miró cruzar pista, bajo esos focos. Que miró cruzar el pe- negro, el culo. Se le fue y le dijo que era imosible, como si se le hubiera aparecido una apación. Sin dejar tiempo ella dijo que sí. El la guió hasta el borde de la pista y alguien, meio en la luz medio en la oscuridad, lo paró. "Ven- a pararlo", le estaba diciendo. El otro, forasro pero de otro pueblo, no del todo de afuera, decía: "¿Por vos o por mí?". Decidieron dedirlo en el bar. El del pueblo, el que pude haer sido yo, le dijo que no pasara. "¿De dónde?", preguntaba el forastero. El otro: "De la luz". alieron para la pelea que siempre se está espendo, en los bailes, en lo de Arispe.

El forastero volvió solo y cruzó la pista entre luces, para el lugar de lo oscuro donde esta- la mujer. Afuera había ese muerto y al forasro no lo volvimos a ver. O terminaba cuando sabía que el hombre, de lo oscuro, no iba a lver.

En un baile, en lo cierto, yo sé cuál es la mu- de ese sueño del que me desperté en la ori-. Me acuerdo. Arriba, se iba cerrando un ceazón. Así que eso lo soñé en invierno, me pa- un invierno, porque se veía la sombra en el l. Mejor, así no veía tanto. Para cuidarme de lluvia que estaba viniendo adentro, cosas que o se acuerda, y no pensar. Lo de mi hermano adeo es así, para mal. Yo no soñé que Tadeo npezó soñando con mujeres, de chico, cuando abajaba conmigo en la estancia. Mi hermano Tadeo, que está internado por loco en el Melchor Romero de La Plata. Soñaba y soñaba hasta que escuchó al loco Toledo, cuando el loco dejó de alquilar caballos de alquiler en el verano y empezó con eso de que iba a llegar el fin del pueblo. "Los va a apretar el pasto", decía. "Va a crecer y a crecer y los va a apretar." Iba a desaparecer, el pueblo apretado por el pasto que crecía siempre, siempre. Se fueron juntos en un arreo y cuando volvieron Tadeo estaba cambiado. Salía a mirar mujeres en la siesta, por las quintas. Mi hermano. Y Toledo ahora decía que el pasto se estaba acabando y que la tierra, todo, se iba a volar. "La tierra que sostiene las casas y el río que aguanta los costados del pueblo en los mapas para que no se desparrame, y otras cosas que la tierra tiene apretadas como las casas que hay por ahí, por la falta de pasto, se va a volar."

De ahí que yo sepa que algunos sueños dan en verdad. Los del río, más. Les disparo, les disparo. Pero hay días en que el cielo o un lugar cualquiera de la tierra en las barrancas hacen un dibujo del clavo que me espera entre los pilotes del puente y entonces mejor dejarse estar. A la tardecita ya viene la confusión de lo que es cierto y de lo que no es cierto en este cangrejal de mi cabeza con sus caballos sin terminar y sus huesitos hechos casas y ranchos de sangre o tanta voz hablando de un dolor. Cuando me acuerdo de eso me agarro de manejar el bote, miro las barrancas más arriba de donde puede estar dibujado el gancho que me espera, voy viendo pasar el tiempo con el sol o con los peones, según cruzan. La señora mandó, aquella vez, que si yo iba a ser el de los botes, tenía que estar de parada en este lado del río, el de la estancia. Así que miro la barranca, allá enfrente, que es como mirar lo de Arispe, aunque no se vea, y más allá el pueblo, aunque no se vea. Yo sé que de ahí, de las gentes que me acuerdo, y del río, se hacen algunos sueños. Otras es del río y lo que trae, como el de los alambres de púas y su suerte de opositor. A veces, para olvidarme de esos ruidos que veo, me pongo a pensar qué podría soñar alguno del pueblo, qué podría querer olvidarse para siempre. Pero eso es mucho para mi cabeza, que ya tiene suficiente, y encima el mar, que no vi. Era más fácil cuando en lo de Arispe había ventana para el lado del pueblo y en la leña que iba ardiendo en ese hueco donde ahora que llegó la luz pusieron el televisor, en el fuego, uno iba pudiendo ver la historia que quería. Estaba la ventana y uno veía prenderse primero todas las luces de las calles y después las de las casas, y podía identificar. Ahora me lo tapan las barrancas, al pensamiento, o me lo retuercen con esas raíces que asoman del barro de la barranca de allá, donde hay filas de pinos, casuarinas y plantas más petisas, otra eternidad en la que me puedo caer tratando de distraerme de la cabeza: ver raíces de qué son, cada una a cada una de las que alcanzo a mirar. Y alcanza con pensar todo esto, acordarse de la ventana y del fuego en el hueco donde ahora brilla nada más que la televisión así las historias ya vienen contadas y no nos andamos peleando porque tal tronco sea tal cosa y tal otro tal otra de acuerdo a lo que quiere cada uno y para que nos amarguemos apostando a ver qué tronco cae para qué lado y si entonces el tronco era mujer, y mujer de alguien, y si se encimaba al otro que podría ser uno de nosotros o el Loco Toledo. Alcanza con decir antes para que todo se complique y no haya modo, no haya modo de escapar. Puede ser media tarde o venirse el mediodía y ahí está uno con ese entrevero de figuritas. Arispe sirve la ginebra con ese ruido que raspa el alma, antes nomás de ese cimbrón en la garganta y el calor en los cuerpos. Y por ahí se ve entrar a un hombre que al rato dice, por algo que ha sido dicho, "Odio a los velorios. No voy a ir ni al mío". Y ya está, ya empezó.

Lo miraron, de vuelta. Ni llovía ni no llovía. Algo, una creciente que crecía, pero despacio, pasaba con el río. Lo de siempre.

"Jodido, el Salado éste. Capaz de quebrar cualquier historia", dice una voz que no se sabe.

"No la mía, que ya está", vuelve a hablar el que habló de su velorio, como si nada. Al mirar, se veían algunas pocas cosas; su altura, no tanta, y el filo de sus manos. Nos miró.

"A mi vez tengo que mirarlos", dijo. Tristeza, cierta zanja sin fondo cruzó por el boliche, ahí. "A mi vez los miro", dijo, y siguió sin preguntarnos nada.

"Ya sé que a mí me van a hacer el cajón con la manija para adentro, porque no me va a querer llevar nadies. Pero ¿y qué hay?"

Como siempre el silencio lo manejó Arispe, con un ruido de vasos. O con el ruido de la ginebra cayendo en la eternidad.

"Tomá", le dijo Arispe, mostrando el pulso con la copita llena como el mar. Tranquilo, ese mar. "Si podés."

Se la dejó en el mostrador. Se arrimó, el hombre. Miró fijo a la copita y un rato, como si la desconfiara. Después cruzó las manos atrás, en la espalda y bajó la cabeza.

Como en los circos. Estaba haciendo una prueba, altísimo, una sola prueba. Como en los circos de antes, sin red. Dobló la cintura, puso los labios contra la copa, casi sin tocar el vidrio, serenito, delicado, sin apuro, y la ginebra empezó a bajar en la copa, pareja, tranquila y pareja como el hombre, hasta el fin. Respiramos. En la puerta, donde empezaba la noche, mientras todos volvíamos, dijo: "Me sé tomar el tiempo", y se fue.

O no fue sueño, pasó. Eso es lo de estas orillas y el agua, que no se sabe. Y si fue sueño, la rienda se tiene que tener después, en la vigilia, para ver qué fue. En lo blanco de los silencios de la cabeza, en lo que uno no agarra para no hacerse tanta hondura, queda como una resaca o fondo, que molesta, aunque no hayan estado esos cantos, los de sangre. Hemos comido palos de letrina, las paredes de las casas son de otro color. Las voces. En la siesta no hace falta taparse los ojos para sentirlas, espesas, y es ahí cuando hay que agarrarse de cada raíz que sale de la barranca, aunque sea de gusto, aunque todo vuelva a empezar. O mirar para el pueblo, tapado por el retorcijón de las barrancas barrosas, el pueblo donde nadie podría acomodar las cosas de acordarse o de tapar.

Tapar como de caballo tapado, de esos que no se saben y ganan sin que nadie les haya jugado. De las cuadreras, habla ahora el que habla, o piensa sin dejar de pensar. Pero eso es un sueño ya viejo, una ilusión. Haber sido aquel tapado, que es un caballo al que no se le conoce el tiempo y de afuera da lento, aquel tapado que nunca se presentó. Otra vez digo que son cosas sencillas, de por acá. Lo que no es de acá, seguro, es este clavo, gancho, entre pilotes del puente. Porque algo, en esta sombra que no es la de otros, en eso oscuro de uno, dice que ese clavo entre los pilotes del puente no es de acá.

Ya se mira el final. Es invierno, hace días que no para de llover. Yo veo pasar la correntada cada vez más fuerte, cada vez más fuerte. No es de minutos, ni de horas, sino como de meses, años. La miro pasar desde arriba de la barranca, del lado de la estancia. La veo pasar a la mañana, a la tarde, a la noche, cuando se prenden las luces del pueblo, más allá de la primera luz que es lo de Arispe. Llueve y el bote, que está ahí abajo, justo abajo de donde estoy parado mirando, va subiendo. Eso es que el río crece y ya se viene, del todo, la inundación. Ya no se van a ver las barrancas, primero, y después ni la luz de lo de Arispe, porque se habrán ido corridos por el agua, y después ni las luces, si ya es de noche, cuando el agua empiece a brotar del sótano de la usina y las máquinas se tengan que parar. Pero va a llegar un momento en que no me importe esperar esos momentos y baje hasta el bote.

Subo, me acomodo. Despacio, cortando sin forzar la correntada, me voy al medio del río y cuando enderezo el bote alcanzo a pensar en el mar. Lo hago ahora porque si espero la inundación las aguas van a ir para cualquier lado. Así que encaro el medio y guardo los remos que ya no van a servir para nada. No pregunten pero no voy a querer ir sentado. Parado enla mitad del bote que está en la mitad de la correntada. Sin despedirme. Sin saber por qué de tantas cosas me acuerdo de tan pocas. Sin cantos de palos de letrina y ranchos, de sangre en la cabeza.

Ahora ya está a tiro el puente, los pilotes. Abro bien las piernas, balanceando el bote, enderezándolo para pasar por el medio, justo. El puente, los pilotes, se me vienen encima. Algo, cuando el puente me tapa la cabeza, dice, con la voz de esos cantos, que la erré. Puedo acordarme del vasco Zemborain, en aquel carnaval de hace unos años. Había pasado el corso, había pasado el baile, le bajaba despacio la borrachera y se sentó en la plaza. Se bajó la careta. Justo, pasamos. "Chau, Zemborain", le grité. El también gritó. "Le erraste para la mierda", gritó, finito, con voz de mascarita, como si todavía tuviera la careta, Zemborain.

Le debo haber errado más de una vez, cuando estuve en el puente, entre los pilotes, pensando en tantas cosas y en el clavo, justo, no. Cuando estuve pero tranquilo. No como ahora, con la correntada, haciendo equilibrio en el bote y sintiendo que en la cabeza, de atrás de la cabeza, me enganché. No sé cómo hago al mismo tiempo para saber que eso es el clavo y abrir los brazos y agarrar un pilote de cada lado y pararme, haciendo fuerza, ahí. Fuerza con las manos contra los pilotes, con los brazos contra las manos, con las piernas contra el bote para que no se vaya solo en la correntada. Porque estoy enganchado de la punta de la tripa del cerebro y, si aflojo, mucho no voy a durar.

Se reproduce aquí por gentileza de Michèle Guillemont

LECTURAS

LA LUCHA CONTINUA

Por Juan Sasturain

Resumen: Pirovano es un ex arquero que usa un guante de guardavalla permanente para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula de su edificio accede al Buenos Aires subterráneo del que emerge como Catcher, agente de Magia. Tras la búsqueda de los asesinos del Troglodita y del "Milagro" Narvaja, Roperito Aguirre, ayudado por Etchenique, mata al narco y traficante de armas "Paredón", capo de "Ibrahim". Todo en el Salón Verdi de la Boca, donde Catcher tiene de rehén al bolita Melgar Zapico y el Fantasma Zambrano a su novia Bárbara.

39 ¡BOOM!

Fueron segundos largos de tiempo suspendido. Desorientados, sin libreto, los pesados tardaron en reaccionar.

–¡Por el "Milagro"! –gritó Roperito y volvió a disparar.

Recién entonces contestó Roque sin convicción.

Catcher retrocedió y arrastró consigo a Melgar, que era el único que medía el tiempo, pese a todo:

–119... 118... –murmuraba.

El otro custodio, parapetado detrás del ring disparó con apoyo, midiendo el tiro, y hubo un quejido leve en la oscuridad.

Catcher oyó el ruido de la silla al derrumbarse y enseguida el grito angustioso de Roperito.

–¡Sáquenme de acá! ¡Sáquenme! –mientras sonaban más balazos y Melgar ya había desaparecido.

Catcher levantó el arma y de dos disparos del 38 reventó las luces de arriba del ring. Todo quedó en penumbras.

Se volvió. Con la escasa claridad que entraba por la puerta entreabierta vio a Etchenique recostado en la pared y al luchador que forcejeaba en vano bajo el peso de la silla derrumbada.

Se abalanzó sobre él y lo levantó de las axilas:

–Agarrate, hay que salir de acá.

Mientras los disparos se espaciaban, fueron saliendo a tropezones del salón.

Melgar ya estaba en la puerta de la ambulancia:

–53... 52... 51 –decía con las manos separadas del cuerpo, como cuidando de no tocarse.

Roperito, arrastrado por los poderosos brazos de Catcher, miró a su alrededor buscando sin resultado.

–¿Dónde se metió ese viejo pelotudo? –porque el Di Tella no estaba, ahuyentado seguramente por los primeros disparos.

También Etchenique salió, vacilante, agarrándose el hombro, y se apoyó en un árbol. Tenía el revólver en la mano pero apenas podía sostenerlo.

–No van a salir... –dijo con un suspiro.

Catcher estaba dispuesto a ser expeditivo: con un golpe de cabeza hizo subir a Melgar a la cabina de la ambulancia y llevó a Roperito a la parte trasera:

–Te subo atrás –dijo mientras maniobraba con la puerta.

Abrió.

Roperito vio el cadáver del Troglodita y se retrajo:

–¿Qué hace esto acá? –y se volvió hacia Catcher con el arma amenazante.

Catcher no contestó. Soslayando la amenaza, lo empujó dentro de la ambulancia, lo dejó semisentado junto al rígido compañero:

–Fuiste vos, y puedo probarlo –dijo simplemente. Después cerró las puertas.

Roperito gritó algo y le disparó a través del vidrio. Catcher se arrojó al suelo, le sacó ángulo. Desde allí vio cómo el luchador se volvía contra el aterrorizado Melgar, lo amenazaba, lo obligaba a desplazarse en el asiento.

–¡No hagas eso! –le gritó mientras trataba en vano, de enfocar el terminal, distanciado, entorpecido por el cuerpo mismo de la ambulancia.

–11... 10... –gritaba el otro desesperado, esperando una señal.

Mientras Roperito insistía, Catcher hizo un último esfuerzo:

–Salí, bolita... ¡Salí de ahí!

Pero la ambulancia, lentamente, a los tropezones, se puso en marcha. Catcher disparó a las gomas; pero siguió adelante, comenzó a alejarse. Entonces se volvió hacia el veterano:

–¡Cúbrase, Etchenique! –le gritó mientras se tiraba al suelo.

Pasaron dos, tres segundos más que Catcher imaginó en voz y boca de Melgar y después hubo un estallido atroz, un resplandor anaranjado, y la ambulancia que se deshacía en medio de la avenida.

–Ay, pobre pibe... –dijo Etchenique deslizándose de espaldas contra el tronco hasta quedar sentado.

Catcher iba a decir algo pero se contuvo. El veterano tenía otra versión de los hechos y no estaba seguro de que fuera bueno contradecirlo a esa altura de la vida, de la noche, de los tiros.

Así que optó por volver corriendo al salón. Encontró sólo la penumbra y el olor a pólvora de los disparos. Buscó a tientas el interruptor y después de un momento consiguió encender la luz general.

Nada. Fue cautelosamente hasta el fondo, revisó el baño, las dependencias, descubrió la salida lateral por la que habían escapado los pesados encontró a un hombre amordazado y temblando de terror y lo dejó allí. Buscó hasta hallar ningún indicio de la presencia de Bárbara y de Zambrana. Volvió sobre sus pasos. Debía apurarse antes de que llegara la policía.

Antes de salir se asomó al ring. "Paredón" se desangraba como un auténtico Gigante en la lona. El espectáculo no se había suspendido; apenas si se había adelantado una noche.

Al salir vio a los primeros curiosos que se acercaban a los restos humeantes de la ambulancia, una cuadra y media más allá. Se arrimó al veterano y lo ayudó a ponerse de pie:

–¿Dónde es el tiro? –dijo simplemente.

–No es nada. Un clásico: de refilón en el hombro.

Era cierto: poco más que un rasguño.

Catcher escribió rápidamente en un papel que puso en el bolsillo superior del saco del veterano.

–Tiene que rajar de acá y no puede ir a un hospital con herida de bala. Le dejo una dirección y teléfono: quédese ahí y llame, que lo van a ir a curar sin preguntar nada–. Se interrumpió al ver la expresión de Etchenique. –Si no me tiene confianza váyase a Pichincha.

El veterano no dijo nada. Apenas si meneó la cabeza, abatido.

Catcher paró un taxi que venía lento y curioso:

–Llévelo rápido –dijo al taxista después de acomodar al pasajero–. Hace horas, bah... Hace años que tendría que estar en la cama.

Después, a contramano de la gente que comenzaba a movilizarse en el Argerich, el enfermero Catcher entró al hospital, bajó al último subsuelo y encontró la Emergencia para que yo, a la una y media de la mañana, estuviera en la cúpula tecleando el contacto con Subjuntivo.

40 NUNCA MAS

Tenso, malhumorado, me enfrenté a la máquina sin certezas ni motivos de orgullo. A medida que me explayaba en detalles y pormenores de tres días de equívocos y muertes más o menos anunciadas, me fui sintiendo cada vez más extraño.

Las pantallas recibían mi largo informe –tecleé durante una hora– con la condescendencia de su sabiduría neutra y colorida. Ordenadamente, pasé revista de enigmas y desanudé lo más duro. Expliqué cómo, con la documentación obtenida y los aportes elocuentes de Melgar Zapico, podía describir el accionar de los narcos de Ibrahim (según el ingenioso Etchenique) con su circuito encubierto y sus entidades truchas hasta que estalló el escándalo. Inclusive la llamada de Gatti desde Paso de los Libres me confirmaba que las facturas de los Gigantes las pagaba un tal Juan Gometti con cheques de la fundación y el instituto marplatense: Gometti no era otro que Milagro Narvaja, según el documento que portaba el cadáver acribillado en el taller...

Pero todo se complicaba con Roperito Aguirre después de Uruguayana. Convertido en adicto a través de la amistad con Narvaja, se había integrado a la organización en Mar del Plata. El accidente del helicóptero se había producido cuando utilizaban la cobertura del patrullaje costero para entrar la droga por mar para toda la zona balnearia. La demora en el rescate se había debido a que Narvaja, con los flotadores huecos colmados de cocaína, había optado por no pedir rescate sino esperar que llegaran los hombres de la organización a "limpiar". Entonces ya fue tarde para las piernas de Roperito.

Mortificado y comprometido en la lealtad hacia su amigo, Milagro bancó a Roperito ante Paredón, y le consiguió el puesto en ese Mr Bolivia Gym que era mero pretexto para seguir con la transa de la fundación. Pero Roperito estaba resentido porque no entraba en el negocio, sólo se compraba su silencio con un sueldo. Cuando también quedó afuera del nuevo rubro, el tráfico de armas, decidió reflotar a los Gigantes como un modo de extorsionar a Paredón.

Buscó un modo indirecto: fraguó una serie de pequeños atentados contra miembros de la troupe e insinuó la responsabilidad de Paredón, del que dijo no saber nada. Contratar a Etchenique era una manera segura de que el capo sentiría la presión, saltaría su doble identidad, etc. De paso, comprometió la lealtad de su amigo Narvaja, al que puso al tanto y utilizó en las presiones sobre mí –de quien sospechaba desde un principio–, en el episodio del tatuaje de Dolores. Trasladó su paranoia a Etchenique y al viejo chofer del Di Tella y los instigó para que me vigilaran todo un día al saber que corríamos juntos con Zolezzi y que vendría a dormir a casa después del atentado en la pensión.

Absolutamente paranoico, pensó matar dos pájaros de un tiro en una noche: después del informe de los ortodoxos investigadores privados -leales a su cliente a rajatabla– levantó el Escarabajo con Bedoya, fue a buscar al Troglodita que no sospechó nada, lo mató de una cuchillada y me lo tiró de madrugada en la Reserva para dejarme pegado. Abandonó el auto quién sabe dónde, con huellas de sangre y el arma homicida adentro, y esperó. Su primer error fue creer que yo hablaría. El segundo fue decir, en su versión de los hechos, que había llamado dos veces a una parrilla que no tiene teléfono... Con los datos que aportó el laboratorio de Lacana & Cía –restos de piel y pelo hallados bajo las uñas del Troglodita–, bastaba para condenarlo.

Pero lo que finalmente lo cegó fue saber –por Etchenique seguramente, o por el viejo botón de taxi– que la gente de Paredón había matado a su amigo Narvaja. Bowie quedó entre dos fuegos, dos lealtades, y no pudo escapar. Su "yo no fui" agónico significaba mucho: "aquella vez no quise abandonar a Roperito; y esta vez yo tampoco maté al Troglodita". El no había acompañado esa locura paranoica.

El resto eran casualidades: cuando Catcher vio que el tercer tipo en la foto de la inauguración del Arnold Body Building era Zambrano, improvisó una cuestión con él para que Paredón no lo vinculara a él, Catcher, con Pirovano y Roperito... Y hasta el final había sido así: nadie entendía quién o qué sería Catcher. Incluso Zambrano y la equívoca Bárbara, que me esperaban a mí, a Pirovano, seguirían sin entender... Tampoco entenderían nada los de Arnold Body Building cuando les cayera encima Lacana & Cía esta misma noche.

Terminé de teclear y, aunque no esperaba un aplauso, menos suponía que Subjuntivo me dijera sin decir, por toda conclusión, su reiterado pedido:

–No vuelvas sin ella.

Apagué la máquina con fastidio. Después, fue un instante: tomé el movicom y sin pensar ni mirar atrás o a los costados marqué el número de Bárbara. Sonó por lo menos diez veces. Nadie contestó.

Sentí que el frío me comía el pecho.

Tuve que entrar a casa con la ganzúa. El viejo Etchenique había dejado mi llave adentro y dormía machucado, sedado, vendado ya, casi sereno, tirado en mi cama. No se despertó aunque hice ruido, fui al baño, me duché, volví a llamar cuatro veces a Bárbara mientras tomaba whisky, todo sin resultado ni mejoría.

Dormitaba tirado en el sillón más largo cuando sonó el timbre del portero eléctrico. Miré el reloj; seis y diez.

–¿Quién es?

–Bárbara –en un hilito de voz.

–Subí.

–No puedo.

La habían golpeado, la habían amenazado, la habían tirado de un auto en marcha frente a su casa pero no había querido entrar ni volvería.

–Nunca más –me dijo temblando–. Y no voy a hablar.

–Nunca más –le prometí emocionado, cuidándola tarde y mal, como siempre– y no hables.

Ya podía volver.

Llegué tarde, pasadas las diez. Ya nadie me esperaba. Estaban todos -los criollos y los árabes de túnica y barbita– instalados alrededor de la gran mesa y pendientes de él. El presidente hablaba de las perspectivas halagüeñas, de inversiones, del intercambio cultural, comercial e incluso deportivo y ahí me hizo un guiño, me demostró que me había visto llegar. El viaje que emprendería a Siria la semana próxima era sólo el comienzo de una serie de contactos a todo nivel y en esa mesa estaban representados hombres de la cultura, el comercio, el turismo y el deporte que lo acompañarían en delegación.

Y dio varios ejemplos hasta que se detuvo en uno que me interesó:

–Está acá un profesional que es a la vez un empresario de Mar del Plata, hombre decidido, dispuesto a iniciar en Damasco nada menos que una cadena argentina de cinco estrellas: el International Baires Hotel.

Y el brazo extendido y el gesto sonriente señalaron la cara de póker del doctor Rodríguez Pandolfi, sereno y modesto entre dos coloridos sirios.

Salí. Deambulé por el parque un rato hasta que vi que la reunión terminaba y los visitantes se dispersaban. En un momento dado alguien se me acercó para decirme que el presidente quería hablarme. Fui.

–Tenemos que arreglar el asunto del director técnico para esta gente. Lástima que no ha venido el amigo Zambrana –dijo sonriente. Debe haberle pasado algo, porque es de los que no faltan.

–Seguro. Pero va a empezar a fallar.

Me miró extrañado un instante pero se recompuso con una gran sonrisa;

–¿Cómo era su nombre?

–Pedro –dije. Me di vuelta y empecé a caminar.

Caminé hasta la salida, salí, respiré hondo y antes de cruzar la calle miré el reloj.

Si me apuraba podía llegar a tiempo. El licenciado Zapata era muy hinchapelotas con los horarios y todo lo interpretaba.